
Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía de Michael T. Klare 163
Noé González

Decrecimiento o barbarie. Para una salida noviolenta del capitalismo de Paola Cacciari 166
Luz Ariana Galvis Ardila

Sus crisis, nuestras soluciones de Susan George 168
María Echavarría

Libros

PLANETA SEDIENTO, RECURSOS Menguantes.

La nueva geopolítica de la energía

Michael T. Klare

Ediciones Urano, 2008

480 págs.

En la edición española de *Foreign Policy* de junio/julio de 2009, un autorizado vocero advertía que mientras los precios de los alimentos se disparaban en los dos años anteriores, varios países y empresas estatales se dedicaron a adquirir discretamente tierras en todo el mundo. Pocos se percataron, señalaba, de que Corea del Sur empezó a invertir en granjas en Madagascar, o de que China, Japón, Libia, Egipto y varios países del golfo Pérsico adquirieron zonas de cultivo en Laos, Camboya, Birmania, Mozambique, Uganda, Etiopía, Brasil, Pakistán, Asia Central y Rusia. No obstante, el objetivo de tales adquisiciones no eran las tierras, «... sino el agua vinculada a las mismas que, en la mayoría de los países, es un elemento gratis. [...] Y como el líquido no tiene precio, los inversores pueden quedarse con el por casi nada. No está sacado de una película de James Bond, pero la carrera para apropiarse de este bien escaso resulta inquietante. Sugiere que quizá no esté muy lejos otra crisis alimentaria».

Semejante afirmación no está tomada de un informe de Intermon Oxfam, ni de tantos documentos de denuncia de distintas ONG; tampoco aparece en los papeles de trabajo de la FAO. Se trata de la evidencia de determinados movimientos de mercado y de posicionamientos estratégicos que constata el presidente de Nestlé en una breve nota aparecida en la página 69 de la citada revista. La información no trascendió. Y aunque no nos confiesa si su empresa está alineada con dicha política, deja al descubierto, sin embargo, la lectura de quienes dirigen las grandes transnacionales respecto del escenario que se cierne sobre la humanidad. Escenario que se resume en el agotamiento

y escasez de recursos naturales, la consiguiente apropiación de la que aún queda para sacar ventaja en la feroz lucha que se avecina y la certeza de que seguir la pista de tales posicionamientos permite rastrear la cartografía mundial de los conflictos por venir o en pleno desarrollo.

A dejar constancia de ésta reconfiguración geográfica global se ha dedicado con empeño, acuciosidad, juicio analítico y afán crítico Michael T. Klare. Desde la perspectiva de la seguridad internacional nos ha dejado libros como *Guerras por los recursos* (2003) y *Sangre y petróleo* (2006). En el primero de ellos que antecede en su orientación al que ahora comentamos y que perfila los grandes temas y tendencias de la geopolítica de nuestros días, constataba que la guerra por los recursos sería el rasgo más característico del entorno mundial de la seguridad, esto es la proliferación de las disputas sobre la propiedad de las fuentes de aprovisionamiento de recursos vitales para el orden económico y la vida humana. Sean los minerales que soportan la infosfera o realidad virtual, sea la biomasa de las grandes reservas forestales, sean los recursos energéticos por excelencia o sean las fuentes de agua dulce, sobre los nichos territoriales donde descansan y las sociedades asentadas en ellas se yerguen serias amenazas de conflictos movidos por la apropiación y usos bien de los usufructuarios actuales bien de los potenciales. Y sobre cada uno de ellos se sumerge Klare para dibujar los acontecimientos y su correspondencia con las políticas de defensa, los esfuerzos de la diplomacia, los movimientos de capitales y en última instancia de fuerza bélica que van configurando la geopolítica del siglo que vivimos.

La tesis expuesta respecto de la configuración geopolítica mundial con sujeción al apoderamiento de recursos naturales y sus tensiones y conflictos tiene en este nuevo libro amplia y sólida fundamentación. Con el foco puesto esta vez sobre las reservas petrolíferas, de carbón y de gas natural, fundamentalmente, se repasa la dinámica sucedida en toda la primera década

del siglo XXI para terminar ordenando el mapa de la nueva geopolítica de la energía como subtitula Klare su libro. El texto es abundante en cifras, estadísticas y relación de eventos y decisiones bien fundados que en el ojo analítico y crítico de su autor tienen justificación en el puzzle que, aún inacabado, rehace el contexto internacional ante la escasez de recursos energéticos, la emergencia de nuevas potencias mundiales y los embates del cambio climático.

El libro se reparte en nueve capítulos y un prólogo. En este se relata la significación, curso y resolución del episodio desvelado tras la oferta de compra que la empresa petrolera china CNOOC Limited presentó en junio de 2005 para hacerse con el control de Unocal Corporation, compañía estadounidense de más de 115 años de antigüedad con importantes reservas en Norteamérica y Asia. Más allá del cierre de filas del estamento representativo de la clase política para impedir el objetivo final de China y terminar adjudicándola a Chevron, el evento permite a Klare introducirnos en el alto perfil de la pugna feroz por las reservas energéticas mundiales y la madera de los conflictos que han de sucederse. Podemos, a su vez, agrupar los capítulos en tres secciones. Los capítulos 1 y 2 trazan el curso de los acontecimientos históricos que acompañan al auge y agotamiento de la era petrolera, para detallar y explicar los cambios que han alterado el estado de cosas que sucedió al fin de la guerra fría. La idea principal, siempre en la perspectiva de la seguridad internacional, se resume en la emergencia de nuevos actores cuyas fuerzas avanzan transformando el orden vigente al tiempo que asistimos al agotamiento de las reservas de gas y petróleo. Una segunda sección que encierra el cuerpo central del libro se alarga entre los capítulos 3 y 7. En ellos se detiene el autor en referir y analizar las implicaciones de los movimientos en cinco grandes zonas geográficas, a saber, la imponente emergencia de China e India, el retorno del imperio ruso, la dinámica alrededor de las reservas en el mar Caspio, la agresión y explotación de las principales potencias sobre los recursos vitales de África y el esta-

do del predominio norteamericano sobre el golfo Pérsico. Un denominador común enlaza un capítulo con otro: la búsqueda, caza y apropiación de recursos naturales que se agotan: gas, petróleo, carbón, reservas forestales, minerales como el uranio, titanio, cobalto, cobre, níquel, platino y estaño. Los dos últimos capítulos conforman una tercera sección en la que se muestra la onda expansiva de los conflictos cuando alcanzan su dimensión bélica (capítulo 8, «Cruzando un umbral») y, por fin, (capítulo 9, «Evitemos la catástrofe») las posibilidades de la cooperación como estrategia para desactivar la conflictividad latente y la que ya se despliega. La vía para disipar un escenario de conflagración es construir espacios de cooperación entre las potencias y anudar lazos ante retos comunes para atender con una visión de conjunto la hecatombe ambiental que combina la escasez de recursos hasta ahora vitales y los efectos del cambio climático.

Son tres las ideas centrales que rescatamos de otras tantas destiladas por Klare que, aunque leídas en clave de seguridad y defensa para ser fiel a su formación e interés, se alinean con la dimensión ecológica de la crisis global de acuerdo con el perfil de esta revista. La primera es el reconocimiento de la crisis ambiental dentro de la agenda de las relaciones internacionales y de su reconfiguración geopolítica. Asumirla en sus dos dimensiones, el agotamiento de recursos naturales y el cambio climático, trastoca profundamente la estrategia de juegos suma cero que hasta ahora ordena los conflictos mundiales dentro del orden vigente. La segunda es que desde la mirada de la geopolítica la perspectiva de los pueblos y sociedades asentadas sobre la geografía pródiga en recursos estratégicos como los que señala Klare, es a todas luces oscura y sin motivos para el optimismo. Sea para los pueblos que encontramos bajo la influencia geoestratégica de las reservas del mar Caspio, sea para los pueblos africanos, los días por venir en el escenario de Klare no son prometedores. «Si exceptuamos los miles de agujeros en el suelo, diversas catástrofes medioambientales a gran escala y un buen número

de mansiones bien protegidas y cuentas en bancos suizos para las élites con buenos contactos, no sacan mucho» (p. 243).

La tercera idea está asociada con el capítulo de cierre del libro en el que esboza la estrategia y los escenarios con miras a romper las tendencias actuales de la reconfiguración geopolítica. Delinea Klare en el capítulo la estrategia, las razones que la fundamentan y los espacios de puesta en marcha para allanar el camino a otra geopolítica que se corresponda con algo parecido a la sostenibilidad medioambiental. La estrategia: *abandonar la competencia que lleva al conflicto y disponerse a la cooperación*. Así dicho parece un deseo y es que lo es, solo que el autor abraza poderosas razones para justificar la necesidad de los esfuerzos de colaboración más allá de la fibra humanitaria que la temple. Solo mediante la desactivación de los impulsos competitivos por encontrar y secuestrar recursos cada vez más escasos es posible una transición para salir de una era petrolera que ya no da para más y adentrarnos en otra cuyas siluetas apenas se dibujan. «Si tiene éxito una transición así permitiría a los principales países consumidores –los de siempre y los nuevos– enfrentarse al futuro con la confianza de que podrían satisfacer sus necesidades básicas sin recurrir a la guerra o sin provocar una catástrofe ecológica» (p. 358). Se desprende de aquí el principal escenario de colaboración en el que confluyen los intereses de todos: la búsqueda de alternativas energéticas a los combustibles fósiles, bien por agotamiento bien por los efectos nocivos sobre la biosfera. Una nueva era energética ha de emerger, ahora sí más por deseo que por evidencia, en la que, sin embargo, han de convivir lo que queda de los combustibles convencionales y las nuevas fuentes que aún no se muestran del todo convincentes respecto de su potencial de sustitución. De allí que Klare repasa las limitaciones del etanol (p. 343) y del uso del hidrógeno (p. 345). Da cuenta, además, de los obstáculos que deben vencer la energía eólica y solar para sumarse y ser consideradas realmente prometedoras. Se

muestra optimista respecto de la introducción generalizada de instalaciones IGCC (*integrated gasification combined-cycle method*) y de los mecanismos de captura y almacenamiento de carbono («*secuestro del carbón*») como tecnologías eficientes y limpias de explotación del carbón cuyo uso, ante el declive del petróleo y del gas natural, aumentará en las próximas décadas (pp. 350-353). Confluyen, en todo caso, todos los alicientes económicos y ambientales para expandir acuerdos de investigación y desarrollo de tecnologías para generar alternativas al petróleo (pp. 342-346). Se trata de escenarios y retos globales sobre los que los esfuerzos cooperativos de China y EEUU especialmente han de convenirse, en la medida que abordan el agotamiento de materiales y energía y demuestran voluntad real para acordar, respetar y cumplir acuerdos globales para reducir los efectos nocivos sobre el medio ambiente.

Se queda uno con la sensación de que estamos en manos de estas dos potencias y de lo que puedan hacer para que la humanidad trascienda la era energética del petróleo y de la fecundidad que puedan tener en el diseño de un nuevo modelo industrial regido por la eficiencia energética y del uso de materiales. Y en honor a la verdad, lo estamos. Advertirlo con tantos argumentos y evidencias como lo hace Klare nos sobrecoge y duele, justo porque es verdad. Por suerte es solo un libro sólido, bien escrito, contundente y de trazos gruesos, propios de los escenarios prospectivos de la geopolítica, que termina con un tono bíblico o de sabios antiguos, profetizando que la cooperación es el camino «...por amor a nuestros hijos». Alzo la mano para que los caminos señalados por Klare sean posibles, haya espacio para que la *política* se imponga a la *geopolítica* y podamos decidir el destino de nuestros hijos a la luz del Sol, con agua dulce abundante y condiciones medioambientales de vida más o menos dignas.

Noé González
Doctorando en Economía
Universidad de Valladolid

DECRECIMIENTO O BARBARIE.

Para una salida no violenta del capitalismo

Paolo Cacciari

Icaria, 2010

152 págs.

«Todo está muy claro. Pero nadie tiene la capacidad de remediarlo. Por eso acabará en catástrofe» (p. 16). El progreso, tal y como ha sido concebido mayoritariamente hasta hoy –como mero crecimiento económico–, ha degenerado en una situación contraproducente. La producción de mercancías no ve límites para atender a sociedades globalizadas, que parecen ávidas de integrarse en este particular progreso. Por su parte, la economía financiera ha hecho lo suyo en formas cada vez más opacas y arriesgadas, creando dinero a partir del dinero en pro de la maximización de las rentas del capital. A expensas del medio ambiente y del trabajo asalariado –que bajo la misma lógica mercantil son tratados como simples factores en la producción–, la utilidad y el beneficio constituyen los pilares sobre los que se ha mantenido la economía mundial. El progreso, en cuanto mero crecimiento de la economía, se ha traducido, entonces, en disminución de los recursos naturales, la diversidad ecológica, las energías no renovables como los combustibles fósiles y, asimismo, en disminución de la equidad social: es decir, se ha transformado en su contrario.

Queda claro que debe hacerse algo y la salida no está en una simple corrección de los modelos de acción vigentes. Tampoco en simples políticas de regulación medioambiental, muchas veces ineficaces o rápidamente asimiladas por la lógica capitalista. Esto es evidente para Cacciari en las *externalidades negativas* «por medio de las cuales el mercado traslada su coste hacia los pobres, las generaciones futuras y las otras especies» (p. 144). Se trata más bien de un cambio o inversión de los modelos económico y social que entrañe la posibilidad real

de un mundo habitable –recordemos el lema de la revista *mientras tanto* que fundaron Manuel Sacristán y Giulia Adinolfi: «una humanidad justa en una Tierra habitable»–, una sociedad que haga las paces con la naturaleza. El cambio comprende ante todo el proceder conjunto entre dos tradiciones que, si bien han trabajado hacia estos mismos objetivos, lo han hecho independientemente la una de la otra: a saber, los verdes y las organizaciones de la izquierda. «Lo social sigue siendo el no-pensamiento de la ecología; lo social, eso es, las relaciones de poder y de riqueza dentro de la sociedad. Pero la ecología paralelamente es el no-pensamiento de la izquierda –es decir, de aquellos que mantienen la cuestión social (la justicia) en el primer lugar» (p. 93). El trabajo de estas dos tradiciones bajo un mismo marco, donde se establezca un diálogo y su consecuente accionar, se presenta como la solución viable al momento de angustiosa crisis en que vivimos.

Puesto que la política se encuentra cada vez más cerca de la economía y la economía del capitalismo neoliberal arremete cada vez más contra la naturaleza, uno de los objetivos es recuperar la participación ciudadana para la autogestión de los recursos locales, tanto naturales como económicos. De esto se seguiría mayor equidad social y desarrollo sostenible, sin aplazamientos negativos, todo ello basado en una ética de la responsabilidad. Pero para que la transformación tenga lugar, es necesaria una modificación estructural del paradigma antropológico moderno que comprende, entre otras cosas: una re-conceptualización de la felicidad, ya no como satisfacción continua de necesidades infundadas, sino como saber estar en armonía con la naturaleza y con el prójimo; una transición del ser egoísta-deseante al ser cooperativo, relacional; una recuperación del sentido de autonomía y libertad más allá de los cánones del consumo, sustrayéndose a la dinámica del mercado y de la política que lo secunda.

A la economía debe reubicársele, establecer su rol. Para ello la ecología tendrá que ser reconocida como la casa común, el espacio vital.

Dentro debe situarse la economía en calidad de subsistema y su responsabilidad tendrá que ser la del cuidado de aquella. Puesto que hasta ahora hemos sometido a la naturaleza a nuestro ritmo, con desarrollos tecnológicos cada vez más eficaces para tal sometimiento y desbordantes producciones, todo con resultados desastrosos, el asunto debe invertirse con urgencia. Cuidar de la casa común es ir con el ritmo de la naturaleza, ser concientes de sus ciclos, mantener su equilibrio, de manera que la producción deje de lado los gastos innecesarios y contraproducidos. El equilibrio entre tecnosfera y ecosfera, de este modo, estaría dado. Al mismo tiempo, nos descubriríamos todos como iguales, habitantes de una misma casa e integrantes de comunidades en las que los intercambios, los ciclos cortos, la autoproducción, el valor de uso, el saber hacer, la cooperación, recobrarían su valor en sociedades no dirigidas. Cacciari da ejemplos de formas y estilos de vida que, de manera autónoma y mutualista, apuntan hacia este modelo de sociedad: viviendas y transportes compartidos, huertos urbanos, mercados de segunda mano, autoedificación...

En todo momento el autor apela a la moral autónoma, a la conciencia y a la práctica. Es importante dejar de pensar las interacciones con el otro y con la naturaleza en términos de mera utilidad y beneficios, y hacer que al consumo lo acompañen la sobriedad y la crítica. Esto supone un cambio cualitativo que relativice los indicadores puramente cuantitativos, y donde el nivel ético se superponga al nivel utilitario. Los límites vuelven a establecerse a través del decrecimiento del consumo, de una crítica sobre aquello que adquirimos, desde los materiales de los que están hechos los productos, hasta su proceso de elaboración, incluido el trabajo de los individuos. Esto supondría el freno tanto de la obsolescencia de las mercancías como del trabajo necesario malgastado en ellas, es decir, decrecimiento de la oferta y liberación de trabajo como instrumento de autorrealización. «En las estrategias de las empresas productoras de mercancías [...] la competencia tendrá que centrarse en la mayor

duración de los objetos de consumo (disminuir la obsolescencia programada de las mercancías) para minimizar los inputs naturales, el derroche y la cantidad global de trabajo necesario» (p. 147).

Así va esbozando su propuesta Paolo Cacciari en *Decrecimiento o barbarie* (un libro valioso en cuya traducción, por cierto, hubiera sido deseable mayor esmero: lo mismo vale para la corrección ortotipográfica). El autor cuenta con una vasta experiencia en la política (dentro del Partido Comunista Italiano y después en *Rifondazione Comunista*), así como en el periodismo crítico. Ha sido concejal de medio ambiente, consejero regional y diputado; y ha colaborado en periódicos como *L'Unità*, entre otros. De espíritu revolucionario y conciencia ecológica, Cacciari nos presenta su proyecto ecosocial advirtiéndonos de la catástrofe anunciada a la que nos acercamos vertiginosamente si no decidimos cambiar de rumbo. No se trata de una mera teoría acerca de la crisis económica y ecológica actual, sino de una auténtica revolución cultural. En su proyecto pone de manifiesto posibilidades y caminos reales por donde podemos conducirnos desacelerando la maquinaria que nos ha traído a este momento.

«Tendría que haber llegado para cualquier persona dotada de sentido moral, y para todos, el momento de disociarse. Prerrequisito para una acción disconforme, realmente innovadora e incisiva. Para evitar el suicidio en masa o la narcotización de los individuos, haría falta un salto en el imaginario social, colectivo» (p. 19). El lema *Decrecimiento o barbarie* nos remite a la vieja consigna de Rosa Luxemburg, claro está: «Socialismo o barbarie» (1916). Si tenemos en cuenta que una de las principales vías de salida de la crisis eococial presente transita por la gestión extramercantil de los bienes comunes (en pro del interés común), está claro que los dos lemas no deberían verse como contradictorios, sino más bien complementarios.

Luz Ariana Galvis Ardila

Universidad Industrial de Santander (UIS),
Colombia

SUS CRISIS, NUESTRAS SOLUCIONES

Susan George

Icaria/ Intermón Oxfam, 2010

272 págs.

En una entrevista realizada por el diario *El País* en mayo de 2010, Susan George afirmaba que su consejo era «estudiar al rico, el pobre ya sabe qué va mal». Esto es exactamente lo que la autora hace en su último libro *Sus crisis, nuestras soluciones*, consagrado tanto al estudio de las clases más pudientes y controladoras de nuestro mundo como al orden mundial al que han dado forma. Susan George, desde su posición de filósofa y analista política vinculada con el movimiento internacional “alterglobalizador”, nos brinda sus conocimientos y experiencias, mientras inspira al lector a enfocar su lucha contra la ideología y las instituciones neoliberales. Al igual que ya hiciera en publicaciones anteriores como *El Informe Lugano* (2001), *Pongamos a la OMC en su sitio* (2002), *Otro mundo es posible si...* (2004) o *El pensamiento secuestrado* (2007), George desvela los entresijos del sistema capitalista que ha conducido al mundo a la crisis multidimensional que hoy padecemos.

La autora nació en Estados Unidos, se dio a conocer con su libro *Cómo muere la otra mitad del mundo. Las verdaderas razones del hambre* (1976) y más adelante obtuvo la nacionalidad francesa. A lo largo de su carrera ha trabajado como consejera para organismos de las Naciones Unidas, además de ser miembro del Grupo de Lisboa o colaborar con Greenpeace. Actualmente reside en París: es presidenta de honor de ATTAC/Francia y presidenta del consejo del Transnational Institute. Su larga experiencia investigadora va de consuno con una envidiable voluntad militante.

Los capítulos 1 a 4 de *Sus crisis, nuestras soluciones* analizan primero los cuatro “muros” que han de sortearse o derribarse si queremos superar la crisis en que nos hallamos (finanzas;

pobreza y desigualdad; alimentos y agua; conflictos), mientras que un extenso capítulo 5 propone soluciones viables... si somos capaces de acumular fuerza social suficiente.

El sistema neocapitalista tiende a filtrarse hasta el último rincón de la existencia humana. Pero no para todos por igual: más de la mitad de la población del planeta es esclava del desmesurado y poco humanizado crecimiento de los países ricos, que tiene consecuencias catastróficas para la biosfera. George nos ofrece un análisis concreto y detallado de esta clase alta de la sociedad internacional (la “clase de Davos”), indagando en sus motivaciones, ideología e incluso miedos, para así ofrecernos una clara fotografía de contra quién nos enfrentamos en la lucha por un mundo más justo y verde. La exaltación de un individualismo posesivo y competitivo por encima de cualquier otra forma de existencia humana conduce a un capitalismo desembridado que se proclama como sistema final de la humanidad.

Actualmente el mundo se encuentra sumido en una situación de grave crisis económica y financiera, superpuesta a otras dimensiones de la crisis (ecológica, social, cultural), como resultado de tres decenios de desregulación económica y crecimiento descontrolado. Una economía financiera paralela a la productiva ha engordado hasta sobreponerse tanto a esa “economía real” como a las instituciones democráticas. George emplea el esquema de una serie de esferas concéntricas ordenadas en una jerarquía de importancia decreciente (en el mundo actual, las finanzas dominan a la economía productiva, esta a la sociedad, y esta última se impone sobre la naturaleza) para mostrar cómo vivimos en un mundo al revés: pues la ingente tarea a la que nos enfrentamos «consiste en invertir el orden de estas esferas para que sea exactamente el contrario del actual» (p. 8). El problema no ha sido tanto la explosión de las burbujas económicas como el empeño por parte de la “clase de Davos”, las instituciones financieras y los Gobiernos en mantener un sistema injusto e insostenible en todas sus dimensiones.

Tres decenios de políticas neoliberales han hecho aumentar la pobreza y la desigualdad en todas partes: en los países del Norte –George recuerda que «cuando Ronald Reagan fue elegido presidente en 1980, el 1% más rico de los estadounidenses obtenía el 9% de los ingresos; tres décadas después ya tenía el 21%», p. 84–, en los del Sur –«la fuga total de capitales del mundo en desarrollo puede haber sido de hasta un billón de dólares al año», p. 103–, y también crecieron las desigualdades entre Norte y Sur. La autora enfatiza los nexos entre políticas igualitarias y bienestar social, apoyándose en los importantes estudios recientes de Richard Wilkinson y Kate Pickett. También explica cómo la especulación con los precios de la comida ha hipotecado la vida de muchos habitantes de países empobrecidos: «La manifestación más espectacular del hambre fue la penuria repentina de millones de habitantes de las ciudades, personas empujadas a llevar a duras penas una existencia marginal en la periferia de las ciudades. Entre ellas se contaban innumerables agricultores arruinados que ya no podían asumir los precios disparatados que les hacían pagar por sus productos básicos habituales» (p. 114).

En la segunda parte del capítulo 3, George desvela que el agua se ha convertido en «el producto capitalista perfecto», exponiendo cómo determinadas administraciones públicas se «desviven por colocar los intereses de las [empresas] transnacionales europeas por encima del bien público, en todas las circunstancias» (p. 149). Cuatro características explican por qué se convierte el agua en el producto “ideal” para el sistema neoliberal: es “raro y escaso”, insustituible, “indispensable” para la vida humana y limitado (los sistemas hídricos ya están sobreexplotados). La revisión de algunas luchas sociales contra la privatización del agua sirven a George para defender la gestión del agua «como un bien público universal y promover el control democrático de su suministro, tratamiento y distribución» (p. 145).

El último “muro” que la sociedad debe derribar para superar la crisis actual, según el capí-

tulo 4 de *Sus crisis, nuestras soluciones*, es el amplio número de conflictos bélicos que continúan siendo una realidad en nuestro mundo; por otra parte se dan causas de conflicto relativamente nuevas cuyo peso va en aumento (como la escasez de recursos naturales, señaladamente el petróleo y el agua). «Según cual sea la cultura, la frecuencia de guerras entre grupos fluctúa entre “todo el tiempo” y “no muy a menudo”, siendo en algunos casos “nunca”; por consiguiente, hacer la guerra no es un caso biológico, sino cultural» (p. 161). La autora explica que la gran mayoría de los conflictos bélicos, tengan o no repercusión social, se producen por el control de los recursos y argumenta, como solución a los enfrentamientos, «contar con energía abundante, menos sometida a absurdas oscilaciones de precios y distribuida de manera menos desigual que en la actualidad» (p.163). En este punto, quizá se minusvaloren las restricciones biofísicas a que están sometidas nuestras sociedades: escribir que «hace falta inversión en las correspondientes tecnologías para captar la ilimitada energía que [el sol y el viento] nos pueden proporcionar» (p. 163) supone ignorar que, aunque la radiación solar resulta prácticamente ilimitada, los sistemas de captación imponen fuertes limitaciones.

En el capítulo 5, titulado «Nuestras soluciones», George presenta una serie de medidas alternativas para la crisis económica, social, ecológica y cultural actual. Lanzar un «New Deal Verde», basado en un «Keynesianismo ambiental, un impulso a la inversión masiva en la conversión verde y en la industria ecológica» (p. 203) junto con un cambio «de forma rápida y profunda del modo de pensar, sentir y actuar de la mayoría» (p. 206) generarían el escenario deseado para la creación de un mundo más justo y más verde.

«Planes Empresariales Alternativos», leyes que promuevan el préstamo, capital riesgo enfocado a inversiones en proyectos verdes, reformas fiscales, declaraciones empresariales de «dominio público», «Eurobonos Verdes», consumo de producción local, liberalización de la

tecnología verde o «proteccionismo ecológico» son algunas de las medidas prácticas que George nos brinda haciendo hincapié en su urgente necesidad de aplicación. Cabe destacar que, en el ámbito de las reformas fiscales, la autora presenta un amplio abanico de posibilidades: anulación de los recortes fiscales a los ricos, introducción de impuestos pigovianos a cambio de reducción de algunos ya existentes, «impuestos sobre transacciones financieras» o coaliciones de aquellos países dispuestos a apoyar determinadas reformas fiscales.

La condonación de la deuda de los países pobres, únicamente posible para aquellos «dispuestos a acatar ciertas condiciones», los cuales, según la autora, invertirían el dinero ahorrado en «reforestación y conservación de la biodiversidad» es otra de las soluciones presentadas en el último capítulo. Para poder desarrollar este plan, George aboga por un control directo del FMI y del Banco Mundial: sin embargo, teniendo en cuenta la trayectoria de ambas instituciones, quizás sea demasiado optimista confiar en ellas para la consecución de dichos objetivos.

Como solución al poder desmesurado de las instituciones financieras, la autora propone «nacionalizar a los bancos o, mejor aún, socializarlos para que se conviertan en instituciones públicas, dirigidas por los ciudadanos, y que el crédito sea un bien público o común que esté al servicio de la sociedad» (p. 207). Sin embargo, George advierte que en el contexto la nacionalización puede ser una medida que simplemente sanee los bancos para devolverlos a manos privadas.

Sus crisis, nuestras soluciones es una buena herramienta dirigida a todas aquellas personas que participan de las múltiples luchas dedicadas a demostrar que otra forma de convivencia entre seres humanos y con la naturaleza es posible. Hace mucho tiempo, la novelista y periodista Rosa Montero dio vida a Agua Fría en *Temblor*. Se trata de la historia de una niña que ha de convertirse en adulta a través de la lucha por cambiar el mundo. A lo largo del libro la niña sorteará peligros y derribará muros hasta llegar

a cumplir su propósito. Esto es exactamente lo que Susan George nos anima y ayuda a hacer. Nos define los muros y luego nos chiva técnicas con las que podemos destruirlos. Ahora es nuestro turno para ponernos a trabajar, siempre teniendo en cuenta los consejos de quien lleva tiempo observando al enemigo.

María Echavarría
Investigadora de Economía
Medioambiental,
Universidad Autónoma de Madrid